

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**55-56**

*JULIO-DICIEMBRE*

**1954**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

DIRECTOR:

*Salvador Azuela*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria  
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$ 15.00
Exterior . . . . .	Dls. 2.50
Número suelto . . . . .	\$ 4.00
Número atrasado . . . . .	\$ 5.00

## Sumario

### ARTICULOS

	Págs.
Miguel Bueno . . . . .	11
Miguel León Portilla . . . . .	37
Fausto E. Vallado Barrón . . . . .	63
Luis Villoro . . . . .	75
Emilio Uranga . . . . .	85
Oswaldo Robles . . . . .	107
Roberto Flores Villasana . . . . .	121
Miguel Angel Ceballos . . . . .	139
Marianne O. de Bopp . . . . .	161
Inés Vargas de Núñez . . . . .	179
Francisco Larroyo . . . . .	197

Martha Días de León de Re-	<i>Pío Baroja. El hombre juz-</i>	
caséns . . . . .	<i>gado por sí mismo. Su</i>	
	<i>sensibilidad . . . . .</i>	203

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Almoína José . . . . .	<i>Bibliografía Mexicana del Siglo</i>	
	<i>XVI. (Joaquín García Icaz-</i>	
	<i>balceta) . . . . .</i>	217
Juan A. Ortega y Medina . . . . .	<i>Filosofía de la Historia y Etica</i>	
	<i>(Paula Gómez Alonso) . . . . .</i>	226
Alberto Lozano Vázquez . . . . .	<i>Introducción a la Lógica Jurídica.</i>	
	<i>(Eduardo García Máynez) . . . . .</i>	230
Eduardo Luquín . . . . .	<i>Tres Inventores de Realidad. (Jai-</i>	
	<i>me Torres Bodet) . . . . .</i>	237
Tere E. Rohde . . . . .	<i>Las sugeriones a los Estudiantes</i>	
	<i>de Escuelas Secundarias sobre la</i>	
	<i>mejor forma de estudiar. (C.</i>	
	<i>Gilbert Wrenn) . . . . .</i>	247
Xavier Tavera Alfaro . . . . .	<i>Documentos para la Historia de la</i>	
	<i>Litografía en México. (Justino</i>	
	<i>Fernández y Edmundo O'Gor-</i>	
	<i>man) . . . . .</i>	249
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>La vida privada española en el Pro-</i>	
	<i>tolocolo notarial. Selección de do-</i>	
	<i>cumentos de los siglos XVI,</i>	
	<i>XVII y XVIII del Archivo No-</i>	
	<i>tarial de Madrid. (Ilustre Cole-</i>	
	<i>gio Notarial de Madrid) . . . . .</i>	251
Sergio Pitol . . . . .	<i>El Heroísmo Intelectual. (José</i>	
	<i>Antonio Portuondo) . . . . .</i>	252
A. Rossi Guerrero . . . . .	<i>La Filosofía como compromiso.</i>	
	<i>(Leopoldo Zea) . . . . .</i>	254
Beatriz Espejo y Díaz . . . . .	<i>Los Días Enmascarados. (Carlos</i>	
	<i>Fuentes) . . . . .</i>	261
J. H. L. . . . .	<i>Noticias de la Facultad de Filoso-</i>	
	<i>fía y Letras. . . . .</i>	275

## COSMOVISION DE MIGUEL NIEBLA \*

### 1

Una vez que hubo terminado Miguel Niebla el examen retrospectivo de su vida, dejó pasar el tiempo necesario para la maduración de los *conceptos fundamentales*, y poder dar cumplimiento al propósito inicial que lo llevara a desplegar ante sus ojos, los numerosos y diversos *cuadros vividos*, que fueron emergiendo, en selección involuntaria o voluntaria, de las oscuras profundidades de su pasado. Espera, ahora, ansiosamente, nuestro pequeño filósofo poder interpretar *el sentido de su vida*, y a ser posible, el de ser en general. Al realizar este esfuerzo no pretende Miguel Niebla enriquecer con ideas nuevas y originales el pensamiento filosófico. Ya este afán de originalidad ha muerto desde su madurez, cuando el conocimiento paulatino de la historia de la filosofía, le fué carcomiendo su vanidad juvenil, que le hacía creer que las ideas encontradas por sí mismo, ya fuera por el camino de la intuición reveladora o por el de la penosa meditación, nadie las había pensado antes que él. Ahora, ya no se entristece cuando llega a advertir la coincidencia de su pensamiento con el ajeno, sino al contrario, le satisface, porque le parece que esta similitud de los hallazgos, es una prueba de la verdad que cree haber encontrado. Por otra parte, ha llegado también al convencimiento de que, quien realiza una obra —cualquiera que sea la índole de su creación—,

---

\* Publicamos en este número de la Revista, el primer capítulo del próximo libro del autor de "Un hombre perdido en el Universo" y que es una reflexión filosófica de lo que en aquél, fué una simple autobiografía. En razón de esto llama el profesor Miguel Angel Cevallos a este libro suyo en preparación *Cosmovisión de Miguel Niebla*.

con el prurito de originalidad, no es un creador auténtico sino un exhibicionista que sólo busca la notoriedad, con fines diversos del verdadero fin, que sitúa la obra fuera de la contingencia, y del oportunismo del hombre mediocre y con pujos de ridícula grandeza. Lo que anhela ardientemente Miguel Niebla es poder satisfacer una necesidad ingénita de su propia naturaleza inquisitiva; lo que pretende es calmar su inquietud tratando de encontrar una respuesta al interrogante cuya formulación parece que va a conducir a diversas puertas cerradas, que solamente se podrán abrir con diverso toque, toque que haga sonar el aldabón de la poesía, de la religión o de la filosofía. Miguel Niebla quiere abrir la puerta del Misterio y no sabe qué aldabón se la podrá abrir; o si su destino será el de estar tocando siempre sin que pueda jamás abrirse y tener que resignarse a vivir a la intemperie, sin dejar de estar tocando hasta que la mano se le convierta en esqueleto, y la puerta se pudra, y el aldabón se caiga, y el Silencio llene los oídos de la Nada. Miguel Niebla comprende que el punto de partida en el que habrá de sentar su pie de pensador no puede ser otro que *su propia existencia*, ya que le es imposible encontrar otro ser que se encuentre más cerca de sí mismo que su ser, y le diga lo que ninguno otro le podrá decir, porque su lenguaje está formado de signos que nadie podrá entender porque son signos que sólo se graban dentro del círculo de su conciencia indivisible, secreta, intransferible y única. Su filosofía no podrá ser sino un ensayo de interpretación de sí mismo. Ignora hacia dónde lo conducirá la dialéctica de su pensamiento. Pero no puede menos que partir de sí mismo para llegar más allá de sí mismo, o quedarse en sí mismo como semilla que no ha podido dejar de serlo, sumida en las virtualidades de un ser que no ha podido ser, y que quizás nunca llegará a ser, porque el ser de su ser habrá desaparecido con la desintegración del germen. Germen que no es más que oscuridad y aislamiento. Oscuridad y aislamiento que no se ha podido convertir en vida.

Miguel Niebla al iniciar su meditación ignora qué valor van a tener sus esclarecimientos, hallazgos, conclusiones, atisbos, adivinaciones, hipótesis, supuestos; ignora asimismo si su razonamiento será lo suficientemente vigoroso para desenvolverse con claridad y congruencia lógica; ignora la proporción de fantasía que va a intervenir en la investigación de su propia existencia. Lo que no ignora es la buena fe y sinceridad con que va a emprender este viaje de estudio a través de sí mismo; tampoco

desconoce las limitaciones de su equipo de trabajo, y sabe de antemano que no podrá llegar muy lejos porque su pensamiento carece de la fuerza iluminativa de los grandes filósofos y la rica erudición del sabio historiador. Y no obstante estas limitaciones, limitaciones de todo orden: intelectuales, científicas, informativas, no desiste de su aventura, porque siente la necesidad de ver su vida reflejada en su propio pensamiento, aunque este sea pequeño y de escasa superficie reflejante. Como ya conoce Miguel Niebla la cortedad de su visión intelectual, acudirá a la historia del pensamiento, como acude al oculista el miope; y al fabricante de ópticas de larga distancia, el astrónomo; o al constructor de los ojos analíticos del microscopio, el biólogo. Cuando no alcance a ver por sí mismo, ensayará ver con ojos ajenos, pero que se acomoden a su campo de existencia única, porque de lo que trata es solamente *comprender su propia vida*, aunque quede sin iluminar el oscuro ser del Absoluto, porque no llega a tanto el poder de sus facultades de aprehensión y entendimiento.

Miguel Niebla quiere ahora agregar al relato de su vida, el relato de lo que vaya pensando, imaginando, suponiendo, sin afirmar ni negar el valor cognoscitivo de sus divagaciones filosóficas, en su intento de descubrir *el sentido de su existencia*, que ignora si hay otros existentes, y de fijar, en fin, la actitud que tendrá que asumir para no sentirse tan desdichado.

2

En presencia del relato de su vida que abarca un período de sesenta años, Miguel Niebla pretende ahora convertirla en *objeto de conocimiento*, con el propósito de descubrir algún sentido en ella, a fin de obtener algunas normas de conducta que puedan orientar o mejorar lo que le falta por vivir, sin acotar el límite de *su tiempo* —ya sea mucho o poco— porque esta tarea de agrimensor está fuera de su poder.

(La ignorancia del término de nuestro tiempo es uno de los ingredientes de la realidad humana, de donde nacen nuestra esperanza y nuestro temor; nuestro valor y nuestra cobardía; nuestra confianza y nuestra inquietud; nuestra fe y nuestro escepticismo. Quien llegara a precisar los límites justos de *su tiempo*, ya estaría muerto antes de morir, porque le

faltaría el engaño de la vida, que promete más de lo que puede dar. Y la vida niega siempre la muerte, lo que hace posible que el hombre pueda trabajar y reír, y proyectar, y construir los mundos ilusorios que van a tomar cuerpo en las obras de arte y en los sueños de los que sueñan despiertos o dormidos).

Miguel Niebla, ya resuelto a pensar su vida, trata de plantear el *primer problema*, cuyo intento de solución, le habrá de conducir necesariamente al planteo de nuevos problemas y nuevos intentos de solución, hasta el momento en que Miguel Niebla crea que ha alcanzado *una visión sintética de su vida*, y pueda derivar de ella ciertas conclusiones que tendrán que determinar de alguna manera su conducta, de suerte que le haga posible la organización de su vida que todavía no ha vivido, y que lo hará ser lo que no es, para poder ser como debe ser.

La primera pregunta que se formula Miguel Niebla tiene por objeto descubrir el motivo que determinó el relato de su vida, el despliegue ante sus ojos de un pasado que pudo haber quedado oculto en el trasfondo submarino del inconsciente. ¿Qué determinó el buceo de ese mundo ya sepultado por gruesas capas de tiempo, y al parecer, ya sin influencia en su vida actual? ¿Es imperativo de la vejez, volver a repasar las cuentas del rosario de la vida para agregar a la corta distancia del futuro la ya grande del pasado y tener así la ilusión de que la vida ya vivida está aún por ser vivida, dándose así al futuro del viejo una profundidad artificial que en realidad no tiene?

Sin detenerse a investigar las motivaciones generales que determinan las rememoraciones en la vejez, ya que su propósito tiene un designio concreto y personal, como es el descubrir qué fué lo que determinó en él, en Miguel Niebla, esta evocación de su pasado, evocación que lo llenó de asombro por la frescura y abundancia de los recuerdos, que suponía ya olvidados para siempre, y que fueron surgiendo silenciosamente ingravidamente, e impregnados de extraña hermosura, al presentarse despojados de la densidad de lo real, para convertirse en existencias que sólo pueden ser en el mundo inexistente de la poesía y de los sueños, en donde el dolor y el placer dejan de serlo, por ser ya solamente bellos.

Miguel Niebla descubre que este examen retrospectivo de su vida no se debe a la propiedad añorante de la vejez, sino a una demanda más profunda de su ser, demanda, que por circunstancias ajenas a su voluntad, no pudo cumplirse sino tardíamente, pudiendo haberse realizado en cual-

quiera otra etapa de su vida, si se hubieran presentado las condiciones propicias, entre ellas, la libre disposición de su tiempo, que le robaron la neurosis, el tenis y sus numerosas cátedras.

## 3

Miguel Niebla advirtió desde su juventud que no le bastaba con vivir, siguiendo el impulso espontáneo e imperativo que se diversifica en multitud de actos de toda índole, para ver de conservar y prolongar indefinidamente su existencia. Vivir así, como viven las bestezuelas, en el centro mismo de su animalidad maravillosa, le es imposible a Miguel Niebla, aunque no deja de reconocer la superioridad de esta vida simple, incapaz de mancharse con el pecado y de pervertir su naturaleza. Miguel Niebla admira la vida de los animales que gira sin hipocrecía, ni engaño, ni mala fe, dentro de la órbita de su estrecho y cerrado egoísmo que afirma con exclusiva perentoreidad la primacía de su existencia individual y única. El animal existe para sí, y si acaso sale de sí en la maternidad y el gregarismo, es para volver a sí, y seguir girando dentro de la pequeña órbita de su ser vital. Esta vida egocéntrica del animal es immaculada, aunque robe, aunque mate, aunque viole. Porque matando no ha matado; robando no ha robado; violando no ha violado. Solamente ha vivido, ya que para vivir necesita de la propiedad, de la vida y de las hembras de los otros seres vivos. El delito no existe en la vida simple y sin doblez del animal. El animal solamente vive sin *saber* que vive; y no puede saberlo porque está tan metido en la vida, que se confunde con ella, sin dar lugar a que se forme *un centro de oposición*, que al mismo tiempo esté en la vida y fuera de ella, como ya ocurre en el hombre, en el momento mismo en que se empieza a formar ese misterioso e inaprehensible "yo", que al propio tiempo es *límite y desbordamiento* que puede llegar hasta el infinito, con gran escándalo de los tontos y de los positivistas.

Partiendo de esta vida cerrada y sin yo de los animales, en donde no hay *superficie* ni *fondo*; *yo* ni *no-yo*; *ignorancia* ni *sabiduría*; *belleza* ni *fealdad*; *bien* ni *mal*; *vida* ni *muerte*; *inmanencia* ni *trascendencia* . . . sino *vida pura impersonal* que no hace sino vivir dentro de una individua-

lidad concreta que se levanta sobre la existencia inerte de la materia. *Vida pura impersonal*, dualidad concreta, y guiada por actos de sonambulismo esencial y clarividentemente ciego, que ayudarán a que su vida no deje de ser vida, y le darán los medios para persistir viviendo, pero sin *saber* que vive ni tampoco que habrá de morir. Partiendo, pues, de esta vida inocente y pura de los animales, Miguel Niebla descubre que entre ella y las formas más elevadas de la existencia, la vida ensinismada del animal, empieza a desdoblarse hasta lograr una separación entre la vida que solamente es vivida, y la vida que solamente es reflejo de sí misma en el espejo del pensamiento. De donde resultan dos clases de seres vivos: la que consume toda su energía en el acto de vivir, y la que deriva parte de ella en la reflexión de sí misma y del mundo, sirviéndose de la vida no más de sostén, y no de fin en sí, como en la vida pura e inocente de los animales.

Este proceso de desdoblamiento presenta diversos aspectos y grados de separación. Miguel Niebla establece, provisionalmente, las siguientes etapas en las que la vida se va escindiendo de sí misma, como la granada que se abre en gajos, para soltar después los granos rojos de sus semillas. Este desdoblamiento de la vida se inicia con la vida del hombre, a partir del momento en que se halla identificada con la vida pura e inocente de los animales, como ocurre en su niñez y en los estadios inferiores de salvajismo. Los grados de este desdoblamiento hasta llegar al máximo, en donde parece que la vida se suspende al transformarse en pura visión intelectual de sí misma y del mundo, jamás logran separarse totalmente del centro mismo de su origen. La vida y sus grados de desdoblamiento forman un todo unitario como el tronco y las ramas y las hojas y las flores y los frutos de un árbol. Estos grados de separación y desdoblamiento se van presentando en la *vida profesional, religiosa, artística, científica y filosófica*.

Miguel Niebla creyó conveniente detenerse un poco para fijar el sentido de los conceptos de *separación y desdoblamiento*; dilucidación que lo ayudará a desenvolver con mayor claridad su pensamiento inquisitivo. El desdoblamiento implica separación, pero no toda separación es desdoblamiento. Los dedos de la mano están separados, pero no desdoblados. El esqueje se desdobra al separarse de la planta primitiva para multiplicar independientemente su especie. La *existencia desdoblada* supone otra existencia de la cual se ha separado para existir después por su cuenta y riesgo, como ocurre en la vida profesional, religiosa, artística,

científica y filosófica, que se desprenden del tronco común de la vida para existir en una nueva forma regida por leyes nuevas. Miguel Niebla pasa enseguida a examinar estos diversos desdoblamientos que se han separado de la vida pura e inocente de los animales, de la cual participa el hombre.

## 4

a) *Vida profesional.*—Todas las formas de vida que empiezan a separarse de la fuente común de la animalidad pura, para desdoblarse después manteniendo diversas relaciones de aproximación con su punto de origen, suponen necesariamente *la existencia social*. Las actividades profesionales de todo orden, desde las más humildes hasta las más complejas, que requieren muchos años de aprendizaje y de peculiares aptitudes, por más que alcancen la perfección de su respectivo desdoblamiento, no pierden el sentido de su finalidad última, *que es la conservación y prosperidad de la vida social e individual*. El ejercicio de las profesiones parecen trazar líneas de desviación, más o menos abiertas —tanto más abiertas cuanto más complejas son—, sin poderse separar definitivamente de su punto de origen ni abandonar su finalidad última y primera. El barrendero, el peón, el mozo, el cuidador, el cargador, el escribiente, el carpintero, el herrero, el mecánico, el electricista, el ingeniero, el arquitecto, el médico, el abogado, el sacerdote, el profesor, el militar, etc., etc., al cumplir sus respectivos quehaceres inician ya su separación de las funciones y actos vitales que se dan *inmediatamente* en el animal para poder vivir y persistir en sus particulares formas determinadas por su diversa organización corporal. Quien solamente barre durante su vida; quien solamente hace zapatos durante su vida; quien solamente construye puentes o casas durante su vida; quien solamente enseña durante su vida... ya logró *separarse* de la vida animal, para realizar funciones sociales especializadas, que le darán satisfacción a *todas sus necesidades* — coroprales y espirituales no obstante la unilateralidad de su ejercicio profesional. Si un hombre *trabaja en una sola cosa*, los demás trabajan en todas las otras que él necesita para vivir integralmente. El zapatero a cambio de sus zapatos recibe casa, vestido, sustento, educación, diversiones, protección de

su vida, de su salud, a su familia, a sus intereses económicos, a su libertad. Y de esta manera cada trabajador puede encerrarse dentro de los límites —pequeños o grandes— de su profesión, oficio o quehacer, quedando así separado de la vida puramente animal, que le hace posible desdoblarse entonces su vida profesional, para convertirla en una entidad relativamente independiente, en un pequeño mundo de intereses y actividades que parecen tener su último fin en sí mismos. El médico, el arquitecto, el estadista, el sacerdote, el profesor, sustituyen su vida por la vida de su profesión, y sin pensar en sí mismos, proyectan toda su energía física y mental hacia el mejoramiento de su quehacer profesional para darle la mayor perfección que puedan darle su capacidad creadora y su tenacidad de esfuerzo. El profesional que se ha apasionado de su oficio, todo lo dispone en vista de su trabajo, y su vida y el mundo los reduce al mundo de su trabajo, sin pensar que su trabajo, en realidad de verdad, sigue girando dentro de la órbita de la vida, pero que ahora ha alcanzado jerarquía social, por cuya razón ha sido posible su desdoblamiento.

b) *Vida artística*.—Esta forma de vida, la artística, y las otras mencionadas: la religiosa, científica y filosófica, pueden considerarse —pensaba Miguel Niebla— como especies de *la vida profesional*, en cuanto son capaces de servir indirectamente a la subsistencia de los que realizan obras de arte, de los que ejercen el ministerio sacerdotal, de los que laboran ciencia y de los que especulan sobre los orígenes de la vida y del mundo. El que pinta un cuadro, escribe un poema, descubre una ley, practica un rito y enseña filosofía con el propósito de poder vivir, solamente de vivir, del mismo modo que trabaja el menestral en vista del salario, cae naturalmente dentro del círculo profesional, y por tanto, tiene la misma separación y los mismos límites de desdoblamiento que le son inherentes a la ya dicha vida profesional. Pero si el artista, el poeta, el sacerdote, el científico, el filósofo, identifican su vida con sus respectivas actividades, y no buscan sino el perfeccionamiento de su obra, aún con el sacrificio mismo de su existencia animal, de sus comodidades, de su salud, de su posición social, de su riqueza, de su tranquilidad espiritual . . . , estas nuevas formas de vida superan a la profesional, agrandando la separación entre la vida pura e inocente de los animales y la de estos hombres que han podido desarrollarse en el sentido de sus elevadas preocupaciones que les dan sus nuevas ocupaciones netamente espiritua-

les, y exclusivamente humanas. El desdoblamiento que producen estas formas de vida dan origen a existencias autónomas y desinteresadas, que han olvidado su hermosa animalidad primitiva, para moverse en un mundo suprasensible, lleno de pensamientos metafísicos, emociones estéticas y sentimientos religiosos.

Miguel Niebla comprende dentro del concepto de vida artística, todas las manifestaciones creadoras del hombre: poesía, pintura, escultura, danza, música, teatro; y considera que todas estas manifestaciones —gracias a la organización social— se pueden degradar a mera actividad profesional, cuyo fin último es la conservación del ser vivo. Y la aparición de la vida artística en el mundo, trae consigo nuevas formas de existencia que el artista ha creado tomando el barro bruto y puro de la vida, del hombre y de la realidad impersonal. Este barro que le ha sido entregado por las manos de su experiencia sensible, y de sus emociones y sentimientos originales, para modelarlo en el gran taller de su imaginación y fantasía creadora; taller que tiene instalado desde siempre en la esfera de su cabeza, abierta por pequeñas ventanas milagrosas a las que se asoma para recoger sonidos, colores, formas, espacios, alegrías, dolores, esperanzas... que lleva después a sus máquinas invisibles, taller para transformarlos en nuevos modos de ser, que van a reflejar su intimidad misteriosa, y a dar cumplimiento inmediato a sus numerosas posibilidades personales, que no han podido realizarse en el mundo temporal y cotidiano de la existencia, circunscrita y atormentada por los límites de su finitud irrebalsable. Estos mundos creados por el artista han alcanzado su pleno desdoblamiento, y se rigen por las leyes del espíritu de su creador y por las universales del ser, que siempre descubre en su intuición genial, y que hacen de su obra una nueva realidad que participa de la idealidad de lo que nunca ha existido y de la realidad que ha encontrado su perfección. Como el artista está diversamente dotado, y como no siempre puede disponer del mismo material expresivo, se vale del que está a su alcance, y emplea, si es poeta, la palabra; si es músico, los sonidos; si es pintor, los colores; si es escultor, la dureza; si es danzarín, el movimiento. Y la palabra, y el sonido, y el color, y la dureza, y el movimiento, al par que fijan corporalmente en el tiempo y en el espacio la obra de arte, limitan de diverso modo la capacidad expresiva del artista, ya que no dispone de un instrumento universal que transparezca la totalidad de su esencia humana, teniendo que torturar su intuición con aquello mismo

que va a dar ser sensible a lo que por naturaleza es inmaterial. El artista tiene necesidad de expresar su asombro de vivir; su identificación con el ser absoluto; el misterio de su existencia; el sentimiento trágico de su vida; su alegría, sus temores, su confianza, su angustia, su esperanza; su abandono en el mundo; su aceptación resignada de vivir y de morir; su dolor por la conciencia clara que tiene de su impotencia; su embriaguez amorosa que le hace olvidar su miseria o sufrir un destino dramático; su heroísmo que sacrifica su vida por un ideal... Y tiene que expresar esta diversidad infinita de la naturaleza humana a través de distintos lenguajes cuya peculiar estructura que no le permite mostrar con evidencia directa el misterioso ser humano tan complejo y contradictorio. Por lo cual todo lenguaje artístico es sugerente por necesidad, y exige la colaboración creadora del espectador, si ha de captar la intuición total del artista, que revela lo que la cotidianidad de la vida oculta en su indiferente vulgaridad. En la expresión artística se va de la imagen al sentimiento, o del sentimiento a la imagen, con las obligadas mezclas y gradaciones de estos modos fundamentales de creación. En las artes plásticas —pintura, escultura, grabado— se va de la imagen al sentimiento, el cual pone en conmoción a toda el alma, que deja de vivir, para elevarse a este modo prodigioso de ser espiritual del hombre, que se convierte en espejo de sí mismo y del universo, dejando a un lado la larva de su animalidad ingenua que solamente vive sin poder mirar. Y en la música se va del sentimiento a la imagen ya que la producción del sonido, y del ritmo, y de los silencios, y su combinación, desde que nacen, ya están impregnados de afectividad, siendo desde un principio agradables o desagradables, dentro de una variedad infinita de matices y nuevas cualidades. Y esta diferencia en el punto de partida de la creación artística da lugar a diferencias de precisión, claridad y profundidad de la expresión. Las artes plásticas, cuyo punto de partida es la imagen y la forma, conducen directamente a la intención, pensamiento y sentimiento del artista; y la música, cuyo punto de partida es el sentimiento, lleva a las regiones más profundas e inefables de la realidad humana, en medio de imágenes vagas y cambiantes, que pretenden fijar vanamente lo que por naturaleza se encuentra más allá de toda expresión, llenando la totalidad del alma, que no puede salir de su propio goce estético, solitario y silencioso. Entre las artes plásticas y la música se encuentran la danza y la poesía, participando en diverso grado de extensión y profundidad de su poder expresivo y

constituyente. La danza, agrega a los elementos propios suyos del movimiento, los particulares de la música, la pintura, la escultura y el teatro. Esta conjunción de ingredientes son asimilados y adaptados a su particular esencia dinámica, manteniendo el conjunto dentro de su peculiar forma artística, sin que esta congregación de auxiliares expresivos confieran a la danza superioridad sobre las otras artes. La danza lleva por caminos nuevos a los mismos temas del amor, de la vida, de la muerte, de la alegría, de la esperanza, del dolor, de la veneración religiosa, de la guerra, de la paz. Y por último, la poesía, que tiene como órgano de expresión la palabra, supera a todas las artes que tienen como punto de partida la imagen o el sentimiento, porque llega en la revelación de la misteriosa intimidad del hombre, a profundidades que sólo son barruntadas confusamente por ellas, por carecer del instrumento analítico del concepto. La palabra, que no ocupa espacio, que es invisible y amorfa, puede unirse libremente a la imagen, al sentimiento —como ya lo hacen las otras artes— y además, al concepto, como privilegio exclusivo suyo, y que convierte a la poesía en reina de todas las artes. La palabra expresa universalmente lo que las artes plásticas, la música y la danza sólo sugieren por medio de formas concretas. Pero este poder universalizador de la palabra no le impide la representación particular característica del arte. Y de esta doble capacidad que le presta su naturaleza aeriforme, se deriva su fuerza expresiva, que lo mismo puede penetrar al mundo suprasensible e intemporal de lo eterno que al concreto y vivo de la realidad. Por otra parte, la poesía, que se basta a sí misma en su función creadora, no desdeña aliarse con las otras artes —con la música, con la pintura— para dar mayor relieve a su obra transterrenal y verdadera sin dejar de ser *irreal*.

Pero sea cualquiera el material expresivo —color, forma, línea, movimiento, sonido, voz— de que se vale el artista en la creación de su obra, se produce siempre *un desdoblamiento de la vida* en donde se vive fuera de la realidad una nueva vida que trasciende la inmanencia de su propia finalidad que la circunscribe dentro de la transitoriedad de su ser que lucha por la persistencia de su misma modalidad entitativa que tiende a dejar de ser lo que es, logrando solamente una tardanza en la disolución de su ser: que en ésto consiste *el simple vivir sin desdoblamiento*, como ocurre en la vida de los animales y del hombre antes de su ingreso al mundo espiritual. En este impulso de liberación de las leyes biológicas,

el hombre no hace sino perseguir de modo distinto y conscientemente, lo que la naturaleza ha venido ya realizando, desde siempre, al multiplicar infinitamente, con profusa imaginación creadora, las formas, colores, disposición, estructura y órganos de la sustancia viva. Una misma función, la asimiladora, la reproductora, por ejemplo, se cumple a través de una rica variedad de medios que asombra. Basta pensar en las hojas, en las flores, que agregan a los elementos esenciales que van a cumplir su específica función, la belleza de sus colores —delicadamente matizados— y de sus formas —siempre nuevas— y de su perfume— que parece trascender su finalidad reproductora—, para comprender el origen de la actividad artística del hombre. El hombre no solamente vive, sino que lleva sobre *la carga de su existencia*, su fe, su pensamiento, su poder creador, su espíritu, como lleva el sufrido y humilde aguador las ingravidas imágenes gozosas que le han caído del cielo y del paisaje sobre la superficie líquida de sus recipientes llenos de agua.

c) *Vida religiosa*.—En la vida religiosa se producen dos desdoblamientos: el primero, que corresponde a todas las formas de vida ya enumeradas, y que empiezan a separarse de la vida puramente animal a partir de la vida profesional; y el segundo, toma pie en las estructuras de la *vida artística*, ya que desde aquí arranca su impulso para elevarse al Cielo en busca de Dios. En la vida artística el hombre crea sus mundos de ficción modelando su obra con la materia que le entrega la realidad humana en sus múltiples relaciones con el mundo, con el hombre y con Dios. La obra de arte ilumina, idealiza, perfecciona, intemporaliza, simplifica, embellece y transforma el dolor y el esfuerzo en puro goce estético. El mundo del arte es el mundo de la realidad que toma conciencia de sí misma en lo que tiene de más íntimo, inadvertido; de más bello y verdadero; y que la lucha por la vida y la vulgaridad de lo cotidiano no dejan ver en su ciego vivir de ostras. Pero a esta superación de la vida puramente concéntrica de lo biológico, superación que se da en el arte, adviene en la vida religiosa un transporte milagroso del hombre a la Ciudad de Dios, en donde el hombre ya no vive para sí, ni para otros ni para el mundo. Vive solamente por Dios, para Dios y en Dios. En este momento de desprendimiento de sí mismo, comienza a tener sentido —su último y auténtico sentido— la vida del hombre, que ya no encuentra en sí su apoyo, sino en Dios mismo, en quien aspira a confundirse como una gota

de agua en el mar. Y en este afán nunca cumplido; de identificarse a Dios, el hombre dispone todos sus pensamientos, sentimientos, voluntades y actos. Ya no encuentra en sí mismo su fin sino un obstáculo que tiene que vencer para ser uno con Dios. Lo que lo aleja de Dios es su propio ser cubierto de una gruesa corteza de pecados; corteza, que a veces cala tan hondo que llega a confundirse con el centro mismo de donde dimana su libertad. El pecado para el hombre religioso es todo aquello que se interpone entre su anhelo místico y Dios, última razón que da pleno sentido a su existencia terrenal. El pecado, es decir, el obstáculo que le impide unirse a Dios, no está fuera del hombre religioso sino en su propio ser que no quiere salir de sí mismo. Aquello que le constituye —cuerpo y alma— si no puede salir de ellos, y a ellos se entrega con absoluto olvido de Dios, su cuerpo y su alma se convierten en *pecados capitales*, que no solamente lo alejan de Dios durante su vida temporal, sino que lo alejarán por siempre jamás en una eternidad de amarga y desesperada soledad, en donde su cuerpo y su alma ya no podrán sino sufrir: el cuerpo, los tormentos del infierno; y el alma, el desamor de Dios. El hombre religioso lleva consigo dos enemigos que debe vencer para conquistar el Reino de Dios. Debe vencer los placeres del cuerpo, su sensualidad, su cerrado egoísmo que sólo quiere comodidad, disfrute, refocilamiento, bienestar, dulzura, goce carnal, salud, blandura, lujo, boato, riquezas; y debe vencer los vicios del alma, su amor propio, su vanidad, su orgullo, su pasión, su egoísmo, su amor desmedido a las cosas mundanas. Si no puede salir de su cuerpo y del amor de sí mismo, es que no ha podido salir del pecado, y en el pecado morirá, condenado a una separación eterna de Dios, que es la suprema dicha y razón de ser de todos los seres que son a semejanza suya. El amor, el único amor que debe existir para el hombre religioso es el amor de Dios. Todos los demás amores son vanos si no se juntan en el amor de Dios. El hombre religioso lleva en sí mismo el tabernáculo en el que quiere alojar a Dios y los enemigos que pretenden impedirle entronizarlo en su propio corazón. Y en esta cruenta lucha, cuyo campo de batalla y combatientes se encuentran dentro de cada soldado que desea unirse a Dios —como la burbuja al aire— se pasa la vida entera del hombre religioso, con asombro de quien todavía vive pegado a los intereses del mundo y de su propia existencia individual.

En la vida religiosa, como se acaba de esbozar, el desdoblamiento asume caracteres nuevos y sorprendentes, que no se encuentran ni en la vida profesional, ni en la vida artística. En la vida profesional la vida hace un rodeo para llegar otra vez a la vida, dándole mayor seguridad y deleite, pero sin salir de ella, quedando solamente humanizada, y por tanto, no ha hecho sino elevarse sobre la vida puramente animal, vida en la que las funciones primordiales quedan superadas con los artificios maravillosos de la civilización. En la vida profesional, a los órganos naturales se han agregado nuevos órganos en forma de cálculos matemáticos, máquinas, instrumentos, instituciones, etc., que no hacen sino mejorar la vida individual y social, pero sin salir de la vida. En la vida artística la vida se transforma para alcanzar la perfección ideal que todavía no tiene en la realidad. La creación adquiere nuevos atributos que la vida misma no tiene todavía. La obra de arte concentra y simplifica la realidad; le presta mayor unidad, y le confiere *un sentido total*, que el hombre atareado no siempre descubre en su diaria actividad, interesado tan sólo en el sentido particular que le entrega cada uno de los fines concretos que lo van acercando a otro fin concreto y que constituye *el objeto de sus deseos*; deseos condicionados siempre por el tiempo y la causalidad, insobornables a la caprichosa libertad del ensueño y de la locura. La obra de arte participa de estas dos formas de la subjetividad y de la vida misma de la cual parte, pero sin confundirse con ellos. En la obra de arte todo ocurre como si el tiempo no existiera, y la superficie oscura de la realidad se hubiera hecho transparente, y el dolor hubiera perdido densidad para ser solamente bello —como el recuerdo—, y el futuro fuera ya un presente sin presente como lo es la eternidad de lo perfecto, y lo existente se hubiera puesto a soñar lo que en realidad no es todavía, pero que el artista la anticipa, y convierte en obra de arte el sueño de la realidad que todavía no es realidad y se queda en sueño. En la vida artística, pues, por muchas que sean las transformaciones que el poeta y el artista hayan logrado de la vida en su estado originario, no han podido salir de ella, alcanzando tan sólo *una superación y una sublimación* de lo que ya se encuentra virtualmente en el seno de su misteriosa realidad germinal. De aquí nace nuestro asombro por la vida religiosa que presenta una forma absolutamente nueva, irreductible a todas las formas posibles, y que hace del hombre un ser excepcional, y único, que *niega su vida* para identificarse con la vida de Dios. Ni en la vida profesional, ni en la vida artística, ni en

la vida científica, ni en la vida filosófica se da esta negación total de la vida, como en la vida religiosa, en donde solamente se vive para dejar de vivir y vivir en Dios, haciendo de la muerte un eslabón de vida con la Vida Eterna. Aquí en la vida religiosa es donde el desdoblamiento se da en la forma más original y completa, ya que la vida sin dejar ser vida es otra vida.

d) *Vida científica*.—Esta forma de existencia trae consigo un singular desdoblamiento que prueba la capacidad inventora del hombre y su libertad ante la vida, que se vale de ella para salir de ella y colocarse a diversas distancias de ella y poder construir sus diversos mundos espirituales, que se distinguen entre sí por el distinto valor que preside y orienta su actividad creadora. El mundo espiritual que se encuentra más cerca de la vida y que la sostiene, pero sin confundirse con ella, es *la vida profesional* que se rige por *la utilidad*, valor que levanta los actos puramente vitales para convertirlos en actos inteligentes, racionales, y solidarios dentro de la compleja *unidad social*. Los instintos de la vida animal se han transformado en conocimientos, en técnica, en complicados órganos mecánicos que superan prodigiosamente los órganos naturales, en la vida profesional, que ha dejado de ser impulso ciego y reiterativo, para elevarse a la luz de la conciencia y del progreso ilimitado, haciendo posible que la vida animal se humanice sin que pierda el vigor y pureza el sentimiento vital, agregando al disfrute primitivo de la vida, el goce espiritual de su transformación civilizada, en donde la vida se viste de etiqueta y se perfuma de humanidad. El segundo viraje que aleja más la vida de la vida se produce en el momento del desdoblamiento artístico, dominado completamente por la belleza, valor que logra situar al hombre en plena vida espiritual, que ha hecho el milagro de convertir el metal en bruto de la realidad en depuradas imágenes que van a satisfacer la naturaleza ideal y soñadora del hombre, en donde la vida es reconstruida en la obra artística, para conferirle felicidad, que no puede entregarse sino en las formas de imágenes nuevas y de sentimientos sublimados que la música y la poesía; la pintura y la danza han logrado engarzar en el anillo de eternidad que forja el arte, para colocar al hombre fuera de la historia, y de la temporalidad. En el tercer viraje que hace la vida es para colocar al hombre, como ya queda indicado, en el Reino de Dios, descargándolo del peso de sus pecados, es decir, de sí mismo y de todo aquello que impide

la unificación del hombre con Dios, en un esfuerzo heroico de santidad, y que a medida que se va realizando este valor supremo, la distancia que separa al hombre religioso del animal se ha hecho polar y sublime, y con esto, el desdoblamiento que separa sus vidas ha llegado a su perfección, y al mismo tiempo la paz inmóvil de una vida que después de haber traspuesto la vida animal y humana, se ha hecho divina. Estas tres formas de vida que van a determinar los desdoblamientos espirituales de la vida profesional, la artística y religiosa, situándose a diversas distancias de *la vida animal*, se pueden agrupar dentro de una sola gran clase, ya que un mismo lazo las une separándolas de la segunda gran clase de formas de vida, como son las constituidas por la científica y filosófica. La primera gran clase de formas de vida tiene de común el carácter de totalidad, puesto que en cada una de ellas en que se diversifica, el hombre vive en la que ha elegido con la totalidad de su ser espiritual, con su voluntad, con su sentimiento, con su pensamiento, y con su cuerpo que alimenta, como la antorcha, la llama ardiente y luminosa de una nueva existencia que se eleva trascendiendo las fuentes de su origen. La vida del profesional, del artista y del santo —tomadas en su existencia típica e ideal— son totalidades cerradas en las que vive de diferente modo, pero plenariamente, sin mutilaciones ni cortes de la existencia humana, como ocurre en la segunda gran clase de formas de vida del científico y del filósofo. Estos dejan de vivir en sí mismos para entregarse con absoluto desinterés a la investigación de sus objetos particulares. Para el sabio y el pensador lo único que existe es *el objeto* que hay que develar, que sacar de las sombras, que descubrir su íntegra realidad. Para ellos, todo lo que existe, el mundo, la vida, la conciencia, el espíritu, el pensamiento, Dios, la belleza, la verdad, la persona, la sociedad, etc., son *puramente objetos*, y aún su propia existencia individual de sabios y de pensadores no son para sí mismos sino objetos de investigación que dejan de vivir en la plenitud de su ser. Estas vidas mutiladas, deshumanizadas del sabio y del filósofo, que se han convertido en *puro pensamiento*, no hacen sino transformar la compleja, varia, infinita y cambiante realidad en conceptos, y en sistema de conceptos que van tomando distintas formas de acuerdo con los principios y normas invariables del mundo del logos, para quedar fijados en la inmovilidad de las definiciones, clasificaciones, leyes, fórmulas, a través de las hipótesis, teorías, argumentaciones, inferencias y conclusiones que se detienen una vez que han alcanzado las llamadas

verdades científicas, y los nuevos sistemas filosóficos que parecen haber superado las contradicciones y las lagunas muertas de los filosofemas inmediatamente anteriores, que se ufanaban de haber cogido ya el corazón metafísico del universo. Pero el sabio y el filósofo se distinguen entre sí por el modo y extensión en que toman el objeto de su estudio. El sabio no se interesa sino por parcelas de la realidad empírica o ideal que ha delimitado voluntariamente para poder someterlas a las normas estrictas de la investigación científica. Para el matemático, para el físico, para el químico, para el biólogo, etc., el mundo se reduce a los objetos particulares de su ciencia. Y si el sabio se interesa por otras ciencias es solamente en relación de su especialidad, en cuanto van a esclarecerle la problemática circunscrita al dominio de su elección. El hombre de ciencia que solamente vive para su ciencia, en su ciencia y por su ciencia, ha dejado su vida a un lado para conservar de ella nada más los ojos y el pensamiento. Ojos que no saben ver sino un solo objeto; y pensamiento que no puede pensar sino lo que los ojos saben ver. Y el sabio especializado, al final de sus estudios, no ha podido iluminar con la pequeña luz de su ciencia particular, sino un solo puntito de las tinieblas del ser, dentro de cuyo diminuto círculo luminoso ha colocado también sus placeres y vanidades de sabio que no ha sido capaz de elevarse a una visión de totalidad, como el religioso, como el poeta, como el filósofo.

e) *Vida filosófica*.—El hombre vive; trabaja; crea; cree, y piensa. Pero vive, trabaja, crea, cree y piensa sin saber cómo vive, cómo trabaja, cómo crea, cómo cree y cómo piensa. Estas diversas actividades orgánicas y espirituales se dan en el hombre con la misma espontaneidad y belleza de los fenómenos naturales, agregando a estos atributos maravillosos, el prodigio de la conciencia de que carece la majestuosa naturaleza que ignora su propia existencia y su grandeza arrobadora. Pero el hombre no es solamente una fuerza vital que se consume en la propia llama de su variada y rica actividad que va desde las funciones elementales de la vida hasta las formas más altas del espíritu, como son la fe, la poesía y el pensamiento. El hombre, tiene además, la capacidad exclusiva de *reflexionar* sobre su propia actividad y la del universo —mundo—. El hombre no solamente es actor sino espectador, pudiendo al mismo tiempo estar en el escenario de la vida y en la butaca de la reflexión científica o filosófica. Y este poder suyo de salirse de la vida y del mundo,

para *ver* como y por qué se desenvuelve la vida; para *ver* cómo y por qué nace y crece el espíritu; para *ver* cómo y por qué existe el universo infinito, ha hecho posible los *desdoblamientos* ya descritos, y en los que el hombre supera la vida creando estas nuevas formas de existencia *espiritual*: profesión, arte, ciencia, poesía, religión y filosofía. Estas diferentes formas de existencia espiritual tienen de común valerse de la vida como mecha que sustenta sus diferentes lenguas de fuego que se elevan en un mismo impulso de superación vital. La pura vida animal no es para el hombre sino brea, aceite que mantiene viva la vida de su espíritu creador y libre.

Pero el hombre, ya una vez en pleno vuelo espiritual dentro de los ámbitos que fijan los desdoblamientos consabidos, vuela con la misma despreocupación y gozo con que vuelan las aves *sin saber* que vuelan, por hallarse tan absortas en su vuelo, que nada les dá el *conocimiento* de ese embeleso, que es *el vuelo*, porque su designio es no más volar. De esta suerte, la vida del hombre ya desdoblada en la profesión, en el arte, en la ciencia, en la poesía, en la religión y en la filosofía, se abandonan a la incitación placentera de sus diversas actividades espirituales, sin detenerse a meditar en las condiciones y razones profundas de su actividad creadora. Pero en cuanto *se detiene a reflexionar* sobre sus respectivas actividades, deja de ser lo que es para convertirse en *filósofo*. El poeta deja de ser poeta; el místico, místico; el artista, artista; el científico, científico . . . , ya que en el momento mismo en que se para para *ver* su obra, deja de crear, para convertirse en pensamiento que abandona la superficie de la realidad natural o cultural, y poder bucear los invisibles soportes metafísicos que la sustentan. La actitud del filósofo —independientemente de la extensión del objeto de su reflexión—, es siempre la misma: ponerse al margen de la vida, de la obra y del mundo para aprehenderlos en su *verdadero ser*, y no solamente en su existencia aparental, como lo hacen todos los hombres mientras que no reflexionan, y solamente viven sus vidas, *sin detener* el curso de su marcha, que en este movimiento creador que se realiza a cada instante, consiste la esencia de su ser. El hombre, una vez que ha elegido el género de vida que va a orientar su actividad, se sume en ella, con total entrega de su ser, y olvido de sí mismo y de todo aquello que se encuentra fuera de su mundo, espiritual. No ocurre así con el filósofo, que aparta la vida de su vida, y de sus sentimientos, y de sus deseos, para llevarla a la piedra de sacrificio de

su pensamiento, despiadado, que hunde en las carnes vivas del ente en busca del corazón mismo del verdadero ser. El filósofo, suele ir acompañado del hombre, en cuanto deja de ser filósofo, compañía que se hace más prolongada en el poeta, en el religioso, en el artista . . . , en tanto que *no se detienen a reflexionar sobre su obra*, que por ésto mismo ya se han convertido momentáneamente en filósofos. El filósofo no crea belleza, ni santidad, ni ciencia, porque sólo sabe manejar su pensamiento para elaborar la teoría de la belleza, de la religión y de la ciencia. Teorías que van a formar después otras tantas disciplinas filosóficas como son *la estética, la filosofía de la religión y la lógica*. Pero el filósofo en su afán de *totalidad*, no se conforma con esto y envía el cono de luz de su reflexión sobre *sí mismo, sobre sus productos culturales y sobre el universo-mundo*, para descubrir *la unidad metafísica* de esta diversidad infinita que se quiebra en la superficie múltiple de las facetas de su experiencia. La vida, pues, del filósofo consiste en dejar de vivir la vida singular de su existencia personal, para difundir y confundirse con su pensamiento en el Todo Universal y Divino, *extendiendo sobre El su alma conmovida y maravillada*, sintiendo entonces que comienza verdaderamente a existir.

Miguel Niebla al llegar a este punto de su meditación, cree haber encontrado la razón, o el motivo que lo *determinó* a desplegar su vida ante sus ojos, haciendo que dejara el presente por el pasado; o mejor dicho, que el pasado se hiciera presente, pero un presente singular en el que se suspende —mientras dura la evocación— todo acto sobre el mundo real, para convertirlo en puras imágenes sostenidas milagrosamente por los símbolos de las palabras que van formando el automatismo de su psique impersonal. Miguel Niebla comprendió que cada hombre al recibir el don de su vida particular y única, ya está sometido, antes de que pueda decidir por su libre determinación, a la prefigura trazada virtualmente en la estructura de su propio cuerpo y de su psique, y que él, si es su voluntad, debe terminar y perfeccionar, *completando solamente lo que se le entrega como esbozo, o esquema abstracto, todavía sin vida ni realidad plenaria*. La situación del hombre frente a su vida es semejante a la del artista que descubre en la caprichosa ramazón y raíces de los árboles extrañas figuras de animales y hombres en actitudes sorprendentes, y que trata después llevar a término lo que ahí está vagamente indicado y escondido entre multitud de formas irregulares, logrando lo que jamás se hubiera cumplido sin su perspicacia y su arte escultórico. La única

libertad fundamental que tiene el hombre es la de decidirse o no, para reafirmar su esencia personal, o dejar que el matorral de su naturaleza primitiva se desenvuelva salvajemente de acuerdo con su índole biológica. El hombre comienza a existir verdaderamente como hombre, en cuanto logra separarse de su animalidad, para servirse de ella como sostén, y crear una nueva existencia; una existencia espiritual, *desdoblada*, con la cual se va a identificar, poniendo ahí todo su empeño y su ideal; todo su esfuerzo creador, para llevar a su pleno desarrollo y perfección esta nueva forma de vida que se levanta hacia el cielo suprasensible en el que brillan con fulgor invisible las estrellas de la verdad de la belleza, del bien y de la santidad, que alumbran a un mismo tiempo los caminos del hombre y demarcan la obscuridad infinita del misterio que lo rodea por todas partes, pero sin oprimirlo con la congoja de la ignorancia, sino antes bien, abriendo la puerta indefinida de la esperanza, que al hallarse frente a él, se transforma en música y en poesía.

Miguel Niebla descubrió desde su juventud su vocación de filósofo —de pequeño filósofo—, es decir, de hombre que para poder vivir, necesita pararse al margen de la vida, para *verla* pasar, y entender cómo pasa, y por qué pasa, y hacia dónde va, y *qué sentido tiene*, o si no tiene ninguno, y que sólo expresa la brutalidad de una pura existencia, que no necesita de ninguna explicación, porque su única explicación *es que existe* sin explicación, o con ella, siendo, la explicación solamente una necesidad personal del filósofo, pero no una condición del ser. Pero sea la que fuere la solución de este problema, lo cierto es que ya comienza a comprender Miguel Niebla, la razón y el motivo que hiciera que desplegara ante sus ojos, su vida enrollada en el pasado, y que había permanecido quietamente, recibiendo el polvo del tiempo transparente que deja ver lo que ya *ha sido* para ser nuevamente en forma de recuerdo, que se eleva sobre *la realidad* como un vapor ingrátido irisado de colores impalpables, embelleciendo su presente, que se ha convertido en pura mirada contemplativa, poniéndose a un lado de la acción y de la lucha por la vida, del famoso "struggle for life" de Darwin.

Miguel Niebla comenzó a entender que si quería vivir como hombre, no le bastaba con seguir las líneas trazadas por su naturaleza impersonal psicobiológica; líneas que él no trazó, pero que tiene que seguir, si quiere seguir viviendo. Pero Miguel Niebla comenzó a entender, además, que apoyándose y siguiendo esas líneas podía elevarse sobre ellas, como

el velívolo que tiene que recorrer las pistas del aeródromo, para quedar después libre en el aire, pudiendo elegir su dirección y destino que dependerán ya de su voluntad y soberana responsabilidad; y no solamente de su naturaleza donada, como ocurre en la mayoría de los hombres, que no han podido, o no han querido salir de su animalidad, y siguen ciegamente las líneas trazadas por ella, con mayor o menor inteligencia; con ciencia o empirismo; con civilización o primitivismo — sin que el prodigio que ha alcanzado la civilización moderna sea bastante para pensar que el hombre abandonó su animalidad original, consiguiendo tan sólo deshumanizarse, al convertirse en una bestia diabólicamente poderosa y apocalíptica, como no lo supuso jamás San Juan en sus revelaciones de los días postreros del mundo.

El hombre, para ser hombre, ha de ser dueño de su vida y no esclavo; ha de crear su ser y no sólo tenerlo en usufructo; ha de decidir libremente la aceptación o repudio de su existencia. Y si la acepta ha de determinar después, la forma de su ser, por medio de una serie infinita de actos recreativos, sin término ni fin, porque el verdadero ser del ser, es ser sin acabar de ser, ya que la esencia del ser es estar haciéndose a cada instante, dejando de ser en cuanto cesa la recreación del ser.

Miguel Niebla ha aceptado vivir como filósofo — como pequeño filósofo —, ya que no trae consigo el arresto y la capacidad del gran filósofo. Pero no por pequeño, deja de tener la misma actitud suya al enfrentar su vida al pensamiento, para *saber cómo vive*, y poder determinar su *sentido*, si es que tiene alguno, y no abandonarse simplemente al destino, como corcho en el agua, que sigue las fluctuaciones y direcciones imprevisibles de sus corrientes. Miguel Niebla ante el panorama de su vida pasada, de su vida perdida definitivamente como vida, y transmutada en imágenes que su evocación ha puesto a volar en torno de su presente, cubriéndolo como enjambre que no dejara ver sino huecos de actualidad, se ha propuesto resolver las siguientes cuestiones, que habrán de entregarle lo que solamente los rayos infrarrojos de la filosofía pueden ver en las sombras subterráneas de su ser y del ser del mundo.

1. ¿Qué es lo que puedo saber de mí mismo y de lo que se halla relacionado conmigo de modo necesario?

2. ¿Qué es lo que debo hacer?

3. ¿Qué se me espera después que haya muerto?

4. ¿Cuál es, en suma, la esencia de mi ser?

Las respuestas a estos interrogantes irán formando la cosmovisión de Miguel Niebla, que será para él su verdadero mundo, desde el cual se pondrá después en relación con el mundo común a todos los hombres, aceptando su realidad y conviviendo con ellos con la debida cortesía que demanda la urbanidad y la decencia cuando se visita una casa ajena, aunque sus moradores sustenten opiniones, y tengan creencias y costumbres contrarias a las suyas. A nadie obligará a entrar a su mundo, dejando tan sólo libre la entrada a todos aquellos que quieran entrar por tener la misma musicalidad que tiene su alma.

MIGUEL ANGEL CEVALLOS